



La "transición" hacia un nuevo orden mundial está fuera del alcance de Occidente

ALASTAIR CROOKE :: 22/05/2025

No busquen en las élites europeas una visión coherente sobre el orden mundial emergente. Están en crisis y preocupadas por salvarse ante el desmoronamiento de la esfera occidental

Incluso la necesidad de transición -para que quede claro- apenas ha comenzado a reconocerse en EEUU.

Sin embargo, para los dirigentes europeos y para los beneficiarios de la financiarización que lamentan con altivez la "tormenta" que Trump desató imprudentemente sobre el mundo, sus tesis económicas básicas son ridiculizadas como nociones extrañas completamente divorciadas de la "realidad" económica.

Eso es completamente falso.

Porque, como señala el economista griego Yanis Varoufakis , la realidad de la situación occidental y la necesidad de transición fueron claramente explicadas por Paul Volcker, ex presidente de la Reserva Federal, ya en 2005.

El duro «hecho» del paradigma económico globalista liberal era evidente incluso entonces:

Lo que mantiene unido al sistema globalista es un flujo masivo y creciente de capital desde el extranjero, que supera los 2 mil millones de dólares cada día laborable, y sigue creciendo. No hay sensación de tensión. Como nación, no pedimos prestado ni mendigamos conscientemente. Ni siquiera ofrecemos tasas de interés atractivas, ni tenemos que ofrecer a nuestros acreedores protección contra el riesgo de una depreciación del dólar.

Todo es bastante cómodo para nosotros. Llenamos nuestras tiendas y garajes con productos del extranjero, y la competencia ha sido un fuerte freno para nuestros precios internos. Sin duda, ha ayudado a mantener los tipos de interés excepcionalmente bajos a pesar de la disminución de nuestros ahorros y el rápido crecimiento.

Y también ha sido cómodo para nuestros socios comerciales y para quienes aportan el capital. Algunos, como China [y Europa, en particular Alemania], han dependido en gran medida de la expansión de nuestros mercados internos. Y, en general, los bancos centrales de los países emergentes han estado dispuestos a mantener cada vez más dólares, que, después de todo, son lo más cercano que el mundo tiene a una moneda verdaderamente internacional.

"La dificultad es que este patrón aparentemente cómodo no puede continuar indefinidamente".

Precisamente. Y Trump está en proceso de destruir el sistema comercial mundial para restablecerlo. Esos liberales occidentales, que hoy rechinan los dientes y lamentan la llegada de la «economía trumpiana», simplemente niegan que Trump haya reconocido al menos la realidad estadounidense más importante: que este patrón no puede continuar indefinidamente y que el consumismo impulsado por la deuda ha caducado.

Recordemos que la mayoría de los participantes del sistema financiero occidental no han conocido nada más que el «mundo cómodo» de Volcker durante toda su vida. No es de extrañar que les cueste pensar más allá de su retícula sellada.

Eso no significa, por supuesto, que la solución de Trump al problema funcione. Es posible que su particular estrategia de reequilibrio estructural empeore la situación.

No obstante, la reestructuración, en cualquier forma, es claramente inevitable. De lo contrario, se reduce a elegir entre una quiebra lenta o una rápida y desordenada.

El sistema globalista impulsado por el dólar funcionó bien al principio, al menos desde la perspectiva estadounidense. EEUU exportó su sobrecapacidad manufacturera posterior a la Segunda Guerra Mundial a una Europa recién dolarizada, que consumió el excedente. Y Europa también se benefició de su entorno macroeconómico (modelos impulsados por la exportación, garantizados por el mercado estadounidense).

La crisis actual comenzó, sin embargo, cuando el paradigma se invirtió: cuando EEUU entró en su era de déficits presupuestarios estructurales insostenibles y cuando la financiarización llevó a Wall Street a construir su pirámide invertida de «activos» derivados, apoyada sobre un pequeño pivote de activos reales.

La cruda realidad de la crisis de desequilibrio estructural ya es bastante grave. Pero la crisis geoestratégica occidental va mucho más allá de la simple contradicción estructural entre los flujos de capital entrantes y un dólar fuerte que desgarrar el sector manufacturero estadounidense. Porque también está ligada al colapso concomitante de las ideologías fundamentales que sustentan el globalismo liberal.

Es debido a esta profunda devoción occidental a la ideología (así como a la «comodidad» de Volcker que proporciona el sistema) que ha desencadenado tal torrente de ira y burla abierta hacia los planes de «reequilibrio» de Trump. Apenas un economista occidental tiene algo bueno que decir, y sin embargo, no se ofrece ningún marco alternativo plausible. Su pasión dirigida a Trump simplemente subraya que la teoría económica occidental también está en bancarrota.

Esto quiere decir que la crisis geoestratégica más profunda en Occidente consiste tanto en un colapso de la ideología arquetípica como de un orden de élite paralítico.

Durante treinta años, Wall Street vendió una fantasía (la deuda no importaba)... y esa ilusión simplemente se hizo añicos.

Sí, algunos entienden que el paradigma económico occidental de consumismo hiperfinanciado y endeudado ha llegado a su fin y que el cambio es inevitable. Pero

Occidente está tan comprometido con el modelo económico anglosajón que, en su mayoría, los economistas permanecen paralizados en la telaraña. «No hay alternativa» (TINA, por sus siglas en inglés) es el lema.

La columna vertebral ideológica del modelo económico estadounidense reside, en primer lugar, en Camino de Servidumbre de Friedrich von Hayek, que se entendía como que cualquier intervención gubernamental en la gestión de la economía constituía una violación de la «libertad» y equivalía al socialismo. Y, en segundo lugar, tras la unión de Hayek con la Escuela de Monetarismo de Chicago en la persona de Milton Friedman, quien escribiría la «edición estadounidense» de Camino de Servidumbre (que irónicamente) llegó a llamarse Capitalismo y Libertad), se estableció el arquetipo.

El economista Philip Pilkington escribe que la ilusión de Hayek de que los mercados equivalen a «libertad» y, por lo tanto, eran consonantes con la profundamente arraigada corriente 'libertaria' estadounidense «se ha generalizado hasta el punto de saturar por completo todo el discurso»:

"En sociedad y en público, sin duda puedes ser de izquierdas o de derechas, pero siempre serás, de una forma u otra, neoliberal; de lo contrario, simplemente no se te permitirá la entrada al discurso".

"Cada país puede tener sus propias peculiaridades... pero en principios generales siguen un patrón similar: el neoliberalismo impulsado por la deuda es, ante todo, una teoría de cómo rediseñar el Estado para garantizar el éxito de los mercados - y de su participante más importante: las corporaciones modernas".

Así pues, este es el punto fundamental: la crisis del globalismo liberal no se limita a reequilibrar una estructura en crisis. El desequilibrio, de todos modos, es inevitable cuando todas las economías persiguen, de forma similar y a la vez, el modelo anglosajón «abierto» basado en la exportación.

No, el problema mayor es que el mito arquetípico de individuos (y oligarcas) que buscan su propia maximización de utilidad separada e individual -gracias a la mano oculta de la magia del mercado- es tal que en conjunto, sus esfuerzos combinados beneficiarán a la comunidad en su conjunto (Adam Smith) también se ha derrumbado.

En efecto, la ideología a la que Occidente se aferra con tanta tenacidad --que la motivación humana es utilitaria (y solo utilitaria)-- es un engaño. Como han señalado filósofos de la ciencia como Hans Albert, la teoría de la maximización de la utilidad descarta a priori la cartografía del mundo real, lo que la hace improbable.

Paradójicamente, Trump, sin embargo, es, por supuesto, el máximo exponente de todos los maximizadores utilitaristas. ¿Es entonces el profeta de un retorno a la era de los magnates estadounidenses audaces del siglo XIX, o es partidario de un replanteamiento más fundamental?

En términos sencillos, Occidente no puede hacer la transición a una estructura económica alternativa (como un modelo «cerrado», de circulación interna) precisamente porque está tan fuertemente comprometido ideológicamente con los fundamentos filosóficos de la actual, que cuestionar esas raíces parece equivalente a una traición a los valores europeos y a los valores 'libertarios' fundacionales de EEUU (tomados de la Revolución Francesa).

La realidad es que hoy la visión occidental de sus supuestos «valores» atenienses está tan desacreditada como su teoría económica en el resto del mundo, así como entre una porción significativa de su propia población enojada y descontenta.

En resumen: No busquen en las élites europeas una visión coherente sobre el orden mundial emergente. Están en crisis y preocupadas por salvarse ante el desmoronamiento de la esfera occidental y el temor a represalias de sus electorados.

Esta nueva era, sin embargo, también marca el fin de la «vieja política»: las etiquetas de «rojo contra azul» y «derecha contra izquierda» pierden relevancia. Ya se están formando nuevas identidades y agrupaciones políticas, aunque sus contornos aún no estén definidos.

observatoriocrisis.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/la-transicion-hacia-un-nuevo-1>